



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 4

CBX 108 ANTIGUO TESTAMENTO II

Weems, Renita. “Recordaré mi alianza contigo. El mundo del idilio y la violación”. En *Amor maltratado: matrimonio, sexo y violencia en los profetas hebreos*, 105-144. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1997.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Capítulo 4

"RECORDARÉ MI ALIANZA CONTIGO" EL MUNDO DEL IDILIO Y LA VIOLACIÓN

EN ESTE CAPÍTULO FINAL PASAMOS de analizar el modo en que los profetas utilizaron la metáfora del matrimonio para influir en el pensamiento de determinados oyentes, los varones hebreos, a considerar las implicaciones y efectos de la metáfora en otro tipo de público. El mundo de los profetas Oseas, Jeremías y Ezequiel era un mundo en el que los hombres gozaban de poder absoluto sobre los cuerpos de las mujeres; un mundo en donde la sexualidad femenina era vista como un peligro y una amenaza para el honor masculino; un mundo en donde violación y mutilación podían cargarse de erotismo y en donde las palizas y la violación culminaban en idilio y reconciliación. Desde su inteligencia retórica, los profetas debieron sospechar que habría miembros de su auditorio que pondrían en tela de juicio si los paralelismos que estaban extrayendo entre comportamientos público y la sexualidad de las mujeres eran adecuados, razonables o correctos. No creo que sos-

AMOR MALTRATADO

pecharan jamás, pues nunca tuvieron razones para ello, que sus oyentes pudieran cuestionar la verdadera moralidad de la metáfora. Nunca pensaron que estaban hablando para un público que podría objetar sobre la descripción que hace la metáfora de las mujeres, de las suposiciones sobre su sexualidad y de las justificaciones que ofrecía para agredirlas. Este planteamiento nos lleva a la pregunta que yace en el fondo de este estudio y de otros similares sobre imágenes bíblicas ¿qué actitud tomar ante una metáfora generada en un mundo jerárquico, que demoniza y margina a las mujeres y justifica la violencia en un mundo que muchos lectores modernos no pueden soportar, ni siquiera como un cuento?

Si la imagen de la esposa promiscua y violada no convence a la mayoría de los lectores modernos dos mil y pico años después de que fuera diseñada por vez primera, es porque algunos lectores ya no están dispuestos a someterse acríticamente a la ética, las suposiciones y las visiones encerradas en la imagen. Parte del privilegio de la lectura es que ofrece la oportunidad de dar un paso atrás y sopesar el argumento, aceptando partes del mismo y rechazando otras. Pero para oponer resistencia a la casi irresistible retórica de profetas como Oseas, Jeremías y Ezequiel se requiere algo más que un sondeo de los orígenes sociales e históricos del lenguaje que utilizan (el cual ha sido el centro de los capítulos previos). Para oponer resistencia a la retórica de violación y romance se debe romper el dominio que tienen sobre la imaginación las imágenes de los cuerpos femeninos maltratados, mutilados y desnudos y eso significa tomar en serio la influencia que el romance, el erotismo y los textos religiosos ejercen sobre la cultura. Será preciso analizar cómo se relaciona la metáfora con estructuras más amplias dentro de nuestra propia cultura (tanto material como teórica) y si choca con los valores, actitudes y prejuicios imperantes.

Pongamos por caso, ¿de qué sirve colocar en paralelo el juicio divino con la violación y los malos tratos de mujeres delante de un pú-

blico que no desea vivir en semejante mundo? La lectura de descripciones de mujeres maltratadas, mutiladas y violadas como recurso poético para significar el juicio divino ¿qué efectos produce en un público que ha sido violado y maltratado y que vive a diario con la amenaza inminente de volverlo a ser? Estas preguntas desvían nuestra atención de las tácticas retóricas empleadas por los autores para centrarnos en las lecturas interpretativas de los lectores¹.

Los textos afectan de manera diferente pudiendo ser algunas de las variantes que se producen en la reacción atribuibles al género. Puede resultar posible que las descripciones de violación y maltratos a las mujeres no afecten del mismo modo a éstas, que a los varones². Lo que nos llevaría a pensar que los mundos imaginarios que hubieran propuesto los profetas a unos auditorios femeninos hubieran sido diferentes de los que propusieron a los masculinos. Al público femenino, en esos discursos, se le pedía aceptar un mundo donde su violación y mutilación fuera considerada como algo normal y legítimo y que los varones podían ejercitar el poder sobre ellas. Los esposos estaban legitimados para actuar sobre sus cónyuges a su antojo, ellos perdonaban el adulterio de sus esposas y éstas olvidaban las palizas propinadas por sus maridos; así ambos vivían felices para siempre. La pregunta sobre si las mujeres del antiguo Israel pudieron identificarse con las descripciones espeluznantes de violaciones y mutilaciones que aparecen una y otra vez en la retórica profética, es una cuestión que ha sido cuidadosamente eludida hasta este momento, pero que ahora debe afrontarse de lleno. La respuesta honesta y sincera es obvia.

No hay razón para dudar que ese mundo de brutalidad, violación y subyugación que asume la metáfora era un mundo que las mujeres hebreas conocían bien. Hay una evidencia aplastante en las leyes hebreas y en la narrativa que refleja esa subordinación al varón tanto en la esfera pública como en la privada³. La dominación masculina no solamente es asumida en el Antiguo Testamento sino que ni

siquiera se cuestiona. Como un escritor ha señalado, "(la dominación masculina) formaba parte del orden social que el mundo de la Biblia no cuestionaba. La Biblia tiene una nueva visión religiosa, pero no es un documento social radical"⁴. La conclusión es que la metáfora estudiada no solamente explota las fantasías y los temores masculinos ante la sexualidad femenina sino que también refuerza las ideas androcéntricas sobre las esposas como propiedad del marido; promueve una visión patriarcal del matrimonio con una escala jerárquica en la que los maridos alcanzan la cima. Es un simbolismo que beneficia al pensamiento patriarcal pues muestra como innegociables las prerrogativas de los maridos sobre su presunta autoridad para degradar y silenciar a sus esposas cuando éstas actúen de un modo que les suponga oprobio. Por lo tanto, no hay razón para creer que el mundo retórico que propusieron los profetas a las antiguas mujeres hebreas, a través de la metáfora del matrimonio, fuese un invento de su imaginación literaria; no hay razón para sospechar que no existiera una base en la realidad social hebrea⁵. Con toda probabilidad, ese mundo de idilio y violación que se da por sentado en la retórica sexual de los profetas no era un mundo inconcebible para las antiguas mujeres hebreas pues en una cultura que concibe la posibilidad de que las mujeres se casaran con sus violadores, es bien posible que también se encontraran con la obligación de reconciliarse con los maridos que golpeaban y mutilaban sus cuerpos⁶. Es bastante imaginable que las mujeres de la antigüedad bíblica, y en la medida que se les permitiera estar en las plazas donde arengaban los profetas o en los establecimientos religiosos donde lanzaban a voz en grito sus proclamas, no encontrarán los oráculos absurdos, los discursos inimaginables o fuera de toda posibilidad. Una oratoria que romantiza y defiende la violación fortuita y la mutilación de las mujeres, en nombre del juicio divino, no parece que fuera algo tan impensable para las mujeres hebreas.

Pero decir que la imagen era comprensible para el auditorio femenino del antiguo Israel no quiere decir que no encontrara ninguna

oposición en sus filas⁷. Seguramente hubo mujeres en la antigüedad bíblica que, a su manera, desaprobaron las descripciones retóricas de mujeres maltratadas, pero probablemente su oposición pasó desapercibida o fue desechada por los varones. La retórica por muy persuasiva que sea es sólo eso: retórica y tiene la obligación de pasar por el test de los auditorios. Son estos últimos los que deciden sobre el mérito de la estrategia literaria del autor y sobre los presupuestos religiosos de los profetas⁸.

Hay evidencia en la literatura bíblica de que hubo mujeres que entendieron el poder que tiene la retórica. Encontramos varios ejemplos de mujeres que se opusieron a la retórica patriarcal denunciando edictos androcéntricos y desafiando aquello que les parecía que eran reivindicaciones ilegítimas de poder. No hay razón para dudar de que estas mujeres fueron representativas de un pequeño grupo que seguramente objetó contra la erotización y justificación de la violencia tal y como fue propuesta por los profetas. Ellas sabían que la violación retórica puede ser tan peligrosa como la violación real pues es un hecho comprobado que el lenguaje configura la realidad⁹. La violación retórica o literaria, es especialmente amenazadora porque enseña al auditorio a imaginar a las mujeres en situaciones de humillación a la par que ofrece vías para perpetrar la violencia contra ellas¹⁰.

Desafortunadamente, no tenemos acceso a los escritos de mujeres bíblicas para someter a prueba nuestras suposiciones. Estamos obligadas a especular que (algunas) mujeres de la antigüedad escucharon la metáfora de la esposa lasciva de distinta forma a como la escucharon (algunos) hombres. Albergamos la esperanza de que encontraron la manera de resistir a su retórica, aunque solamente fuera para huir con rapidez de aquellos vociferadores y obscenos profetas. Nosotras solamente contamos con nuestra actual experiencia para deducir, perfectamente conscientes de que hay mundos de diferencia entre nuestras vidas (mi propia vida de mujer norteamericana, de descendencia africana, nacida en el sur de los

AMOR MALTRATADO

Estados Unidos donde enseñó en una universidad) y las vidas de las antiguas mujeres hebreas. En general, las lectoras de los tiempos modernos se muestran conmocionadas, ultrajadas y atemorizadas por la violencia contra las mujeres que aparece, virtualmente sin contestar, en la Biblia. Una de las razones por las que las exégetas feministas retoman una y otra vez esta metáfora es por la intención de desmitificar su lenguaje y socavar la influencia que ejerce sobre nuestra imaginación¹¹.

Hasta que la muerte nos separe

NOS TENEMOS QUE RENDIR ANTE LA EVIDENCIA de que generaciones de lectores se han sentido fascinados y atraídos por la metáfora del matrimonio. Son muchas las razones que lo explican. Algunas, tienen que ver con el modo en que han sido socializados los lectores: nos han enseñado a identificarnos con los sentimientos misóginos que aparecen en muchos lugares de la literatura clásica, incluyendo la Biblia. Pues para leer muchos de los textos clásicos de la literatura occidental, es preciso identificarse con los intereses y valores masculinos y no cuestionar la ausencia de mujeres fuertes que si aparecen, terminan siendo asesinadas, marcadas de por vida o locas. No resulta ajeno a la literatura clásica que mientras las mujeres encuentran su identidad en el matrimonio, los varones encuentran la suya comenzando por alejarse de las mujeres a quienes están unidos (ej., madres, esposas, hermanas). En otras palabras, la imagen de la esposa sumisa y del marido conquistador es una escena que resulta también familiar a la literatura occidental.

Pero los condicionamientos sociales que nos ofrece la perspectiva masculina solamente justifican una parte de la razón por la que los lectores ven en el matrimonio el epítome del vínculo divino-huma-

no. También nos han enseñado a identificarnos con la visión utópica del idilio y de la reconciliación que conlleva la metáfora. La descripción del marido y la esposa reconciliados alimenta la esperanza de lo que nos enseñaron a creer, la fuerza de la familia y el poder del amor. En su manera equivocada y perturbadora son imágenes en las que el amor triunfa, tarde o temprano, sobre la catástrofe y la destrucción; nos asegura que el amor lo conquista todo y que el matrimonio es para siempre. Con indiferencia de lo mal que puede discurrir un matrimonio, siempre hay una posibilidad de que el amor se reavive, las promesas se renueven y el vínculo se restaure. El traicionado perdona a la traidora, la maltratada perdona al que la maltrató, y todos, como suele decirse, fueron felices y comieron perdices... La metáfora del matrimonio nos lleva más allá de nociones de poder y castigo y viene a encarnar alguna de nuestras más queridas esperanzas como sociedad.

Como tropo literario, ha perdurado porque también hace un llamamiento a un deseo universal: leer literatura inspiradora, literatura que nos hace sentir más optimistas sobre el futuro y sobre nuestras vidas que antes de su lectura. A pesar de las grandes diferencias en nuestros estilos de vida, en nuestros puntos de vista sobre el mundo y a pesar de cualquier ambivalencia que puedan tener los auditorios modernos, acerca de unos textos que romantizan la violencia, tanto los lectores antiguos como los modernos se pueden identificar con las descripciones que hace la metáfora sobre las vicisitudes del amor, el dolor que causa la intimidad, las heridas que ocasionan las relaciones familiares y el poder curativo del perdón. Es difícil oponer resistencia a su descripción del amor, un amor que triunfa sobre la adversidad.

La imagen de la esposa adúltera y el marido atormentado toca a los lectores en las fibras más profundas de su condición. Asegura que la relación que ha sufrido una profunda brecha en la confianza puede cicatrizar y triunfar por encima de la adversidad. Con ello, no solamente alienta a los lectores sobre la esfera doméstica

AMOR MALTRATADO

de sus vidas sino que también les conforta en cuanto ciudadanos de una mancomunidad pues promete que es posible para una nación, encontrar seguridad y recuperar su grandeza en medio de las superpotencias que la rodean. Para Israel, la metáfora dramatizó la noción de que por muy lejos que se apartara de Dios, éste recordaría sus promesas y no olvidaría la alianza, perdonaría a la nación y restauraría el orden, la estabilidad y la paz en todas sus fronteras. La idea del amor incondicional de Dios prevaleciendo sobre los fallos y la debilidad humana ha modelado la imagen de Dios como esposo y la humanidad como esposa, un modo sagrado de imaginar el vínculo divino-humano. La metáfora del matrimonio insiste en que el abuso doméstico puede ser redimido a través del idilio, la seducción y el romance. No importa que el castigo de la mujer sea brutal y raye en lo pornográfico. No importa que el castigo exceda en muchos aspectos al delito. La clave está en que la metáfora convenza a los oyentes de que, a pesar de sus malvados caminos sin esperanza, hay un Dios que, en el fondo, les ama y cuida de ellos tanto que, después de un breve período de castigo, les perdonará y les reunirá con él.

El varón vulnerable

LA DESCRIPCIÓN OBSESIONADA SOBRE LOS ALTIBAJOS de la intimidad conyugal nos ha hecho olvidar el cuestionamiento de la moralidad de los malos tratos que tiene que soportar la mujer. Se describe su reconciliación con tanta ternura y cariño que hasta casi resulta fácil olvidar la revancha que, según la metáfora, es un prerrequisito para la reconciliación. La realidad es que todo el drama conyugal se cuenta desde la perspectiva del marido; es una historia de amor desde el punto de vista de un varón. Los avatares de

ese amor, la seducción, la traición, el abuso y la reconciliación narrados por un hombre acongojado resultan enormemente atractivos para una audiencia acostumbrada a la descripción del varón como un ser estoico, despegado e insensible. Con esta interpretación matrimonial como imagen que da sentido al vínculo divino-humano, los profetas proporcionaron a los lectores una de las escasas imágenes donde aparece el varón enamorado, enfermo, atormentado, suplicante y descorazonado; una imagen que, en la literatura clásica, se reserva generalmente para las mujeres. El nostálgico recuerdo de los primeros tiempos de su matrimonio y el relato de sus desesperados intentos por convencer a su esposa, nos brindan una admirable descripción de la vulnerabilidad masculina. Si los lectores modernos han tendido a pasar por alto las amenazas del marido y la justificación sobre los modos de tratar a su depravada y tozuda mujer, es porque nosotros, igual que nuestros antepasados, solemos encontrar irresistibles las historias de hombres enamorados. Es en ellas, en los asuntos del corazón, donde se permite a los varones que sean irracionales, fuera de control y que se manifiesten vulnerables. El mundo de las mujeres, del sexo y del amor heterosexual amenaza, con frecuencia, en la literatura clásica las biografías de los grandes hombres (por ejemplo, las historias de Sansón y Dalila, David y Betsabé, Marco Antonio y Cleopatra), haciéndoles sufrir la pérdida de su reputación y de su posición, aparte de obligarles a permanecer apartados de su verdadero propósito en la vida. La imagen del hombre fuerte y estoico está tan arraigada en la herencia de nuestra cultura patriarcal que el sistema legal en este país, y en cualquier otra parte del mundo, no ha logrado castigar de manera consistente a los hombres que maltratan a sus esposas y amantes. La imagen del marido celoso, controlador y posesivo es una de las imágenes más populares que existen del hombre enamorado; podemos perdonarle casi todo, incluso hasta la violencia contra las mujeres que ama. Este hecho puede ser ilustrado analizando el modo que utilizaron los diversos profetas para neutralizar la exa-

AMOR MALTRATADO

gerada violencia contra la esposa adúltera colocando en paralelo una descripción, también excesiva, sobre el deseo masculino, el amor y el idilio.

“Te seduciré”

Idilio retórico en Oseas

EN NINGUNA PARTE ESTÁ LA IMAGEN de la maltratada pero amada esposa más inteligentemente presentada que en el libro de Oseas; en él, la emoción que se hace patente en los oráculos de destrucción (2,1-15) iguala a las que se muestran en los oráculos de liberación y salvación (2,16-25). El talante estridente y amenazador de la primera mitad del cap.2 da paso al galanteo gentil y seductor en la segunda mitad del capítulo. En los vv.1-15 el marido lanza una acusación tras otra contra su esposa, denunciándola como adúltera y amenazando con humillarla y matarla ante aquellos que ella consideraba sus amantes pero de inmediato, en los vv.16-25 ya no imagina la muerte de su esposa sino que sueña con el futuro de la reconciliación, cuando le vuelva a ver como esposo y verdadero benefactor. La yuxtaposición de los dos discursos, uno cargado de desdén y amenazas de castigo y el otro repleto de afecto y promesas de reconciliación, equilibra las emociones. El tono amable y seductor en toda la segunda mitad del capítulo se compensa por el perverso tono amenazador de la primera.

Terminadas sus promesas en los vv.16-25, el marido ha cambiado su imagen de peligroso cazador al acecho para los lectores. Es cierto que había perdido temporalmente su compostura pero reaccionó. Incluso debemos pensar que nunca pretendió asesinar a su esposa, a pesar de sus amenazas; es más, sus palabras en los vv.1-15 reflejan la súplica inocente y desesperada de un hombre enamora-

do. Desde estas premisas cuando el marido imagina en v.2-16 seducir a su esposa, llevarla de nuevo al desierto y hablarle dulcemente al corazón, la amenaza anterior de desnudarla y dejarla tan estéril como un erial ya no parece tan amenazadora como antes¹². Era simplemente el desvarío inofensivo de un hombre que estaba atormentado por la traición de su esposa. ¿Qué auditorio no simpatiza con el tormento del amor?

Incluso, muchas de las metáforas sobre el mundo natural a las que se alude en 2,8-14 son asumidas plenamente en 2,17-24. En la primera parte, el marido desaprueba que su mujer participe en las fiestas que celebran los cambios de las estaciones y amenaza con alejarla de ellas o de cualquier otro rito que pudiera ocupar su tiempo. Pero para desviar la atención de esas amenazas previas con intención de aislarla, da un giro completo en 2,20ss. y describe su soñada reunificación en un lenguaje que tiene reminiscencias de una ceremonia de boda al aire libre. Animales del campo, pájaros, reptiles, son invitados a unirse a ellos en esta fiesta en la que se restablece la alianza, para que sean testigos de sus solemnes juramentos y compartan su gozo.

Por fin, a pesar de sus diferencias, el amor triunfa sobre la violencia, al menos esa es la lógica seguida, y la mutualidad prevalece por encima de la mutilación. Las medidas que toma el marido, por violentas que nos puedan parecer, solamente demuestran hasta qué punto un hombre de honor está dispuesto a preservar su matrimonio. La razón para su comportamiento extremado es, por otra parte, clara: "Esto es lo que hice por amor"¹³. Los oyentes que valoran el matrimonio por encima del divorcio empatizan con la aflicción y vergüenza del marido, y aquellos que se conmueven ante la figura de un hombre desesperadamente enamorado le perdonarán y entenderán (y Dios) sus coléricos ataques de celos. Después de todo, el hecho de que, en el libro de Oseas, el marido elija "razonar" con su esposa y no opte por repudiarla o hacerla lapidar hasta la muerte es además prueba de su benevolencia. En cuanto a la agre-

AMOR MALTRATADO

sión, ¡en fin!, ¿quién no sabe que el amor algunas veces lleva a un hombre a cometer tonterías?

“Con amor eterno te he amado”

Idilio retórico en Jeremías

EN EL LIBRO DE JEREMÍAS, LAS IMÁGENES de la sexualidad femenina, el matrimonio y la promiscuidad están dispersas a lo largo de pequeñas unidades poéticas. En algunos casos, unidades insuficientemente desarrolladas como para poder mostrar la evolución sistemática de una idea. Vimos cómo la breve alusión a la metáfora del matrimonio en Jr.2,2-3 funciona como un preámbulo para idealizar un momento específico del pasado de Israel (el éxodo-desierto del Sinaí) y proporcionar una pauta frente a la que medir el comportamiento posterior. En otras palabras, 2,2-3 fija el tono del resto del libro en el que el profeta se permite añadir detalles románticos del pasado de Israel para que afloren una serie de emociones, actitudes y valores que tienen que ver con el matrimonio, la familia y el idilio y contra las cuales, todas las imágenes, escenas y contra-argumentos posteriores que aparecen en el libro tienen que medirse.

En Jeremías, las promesas de reconciliación no pisan de inmediato los talones a las amenazas de exposición pública y humillación como sucede en Oseas. El libro de Jeremías está dedicado en su mayor parte a amenazar, avisar y lamentarse sobre la inminente y efectiva ruina de Jerusalén. En los primeros veinticinco capítulos del libro, ocupados en su mayoría con oráculos poéticos, hay solamente insinuaciones dispersas sobre la posibilidad de una renovación de Israel (ej., 3,11-18; 16,14-18; 18,1-16; 23,1-8). Parece incluso, que hay una intención deliberada de prevenir falsas esperanzas de que Jerusalén pudiera salvarse y permanecer ilesa (ej., 8,8-13; 14,13-

16; 18,18; 23,9-40). Hasta los cap. 30-31 no se hace el esfuerzo por describir a grandes rasgos la posibilidad del perdón de Dios y la restauración del pueblo¹⁴, unas esperanzas de renovación de la nación que se sustentan en la declaración del imperecedero amor de Dios, "Con amor eterno te he amado; por eso he reservado gracia para ti. Volveré a edificar te y serás reedificada" (31,3-4a). En estos capítulos y versículos, abundan las imágenes femeninas cuando el profeta describe el éxtasis, el gozo, el consuelo, la maravilla y la permanencia de la futura restauración de Israel. La imagen de la esposa lasciva cede el paso a la Amada Sión. El mundo simbólico que desfila ante el auditorio está compuesto por imágenes de mujeres que confían en su curación: la herida incurable de la Amada Sión abandonada por sus amantes, desahuciada y desatendida, a quien ahora se le promete la salud (30,12-17); la virgen exultante que, tras escuchar el eterno amor que le manifiesta su bienhechor, coge la pandereta en sus manos y se pone a bailar (31,2-6); la madre Raquel, tranquilizada y consolada sobre la suerte que gozarán sus hijos (31,15-17); las mujeres rodeando a los guerreros (31,22)¹⁵. Las emociones estereotipadas que se asocian con las mujeres (ej., histeria, regocijo, vértigo, excitación) se convierten en el clima que rezuma en el tiempo de la restauración.

En Jr.31,31-34 el profeta describe, a la vez, la naturaleza y el carácter de Israel (la esposa) y la nueva alianza de Dios (el esposo). Habla de una relación nueva basada en el mutuo entendimiento y la confianza donde la imagen femenina está obviamente ausente, aún cuando los exégetas pronto se dieron cuenta de que la palabra hebrea *yad'*, "conocer" (31,34) connota el conocimiento que se adquiere a través del contacto sexual. La imagen conyugal está implícita a lo largo de toda la unidad, una unidad rodeada por un lenguaje de romance y reconciliación. Incluso, en el v.32, el orador se identifica a sí mismo como el "esposo" de Israel (*baal*, "señor"). Según este pasaje, Israel y Dios renovarán su relación con una alianza más fuerte y mejor, edificada sobre el profundo e íntimo conocimiento del

AMOR MALTRATADO

uno al otro, reemplazando el matrimonio anterior que ha sido totalmente anulado debido a las transgresiones de la esposa. Todos sus pecados han sido borrados de la memoria de su esposo.

¿Qué auditorio puede resistir a semejantes escenas de amor? ¿Quién podrá ser tan insensible como para mantenerse contra el marido por su anterior enfado y amargura? ¿Quién podrá dudar de su honor? Después de todo, quien ama mucho, perdona mucho. El marido turbado del primer capítulo de Jeremías ha sido reemplazado por un varón de alma generosa y las escenas de la libertina y lasciva mujer, por otras, que nos hablan de vírgenes y madres de corazón rebosante. El profeta estaba seguro de que estas escenas de mujeres satisfechas por encontrar sentido en sus vidas como madres, esposas y vírgenes podían resultar lo suficientemente confortantes y atractivas como para conseguir el olvido de sus indiscreciones pasadas.

“Mi bella dama”

Idilio retórico en Ezequiel

EZEQUIEL 16 Y 23 SON DOS DE LOS CAPÍTULOS más violentos de toda la Biblia hebrea. En un libro repleto de historias de guerras y castigos no hay otra descripción sobre la ruina de una persona o de un grupo, tan profusamente detallada y descrita como en estos dos capítulos de Ezequiel. En ellos, la imagen de la violencia sexual permite al autor explotar la fuerza potencial que tiene el sexo para suscitar toda una serie de emociones en su auditorio: miedo e inquietud, vergüenza y culpabilidad, despropósito y prejuicio. El resultado es que el castigo y la destrucción producen un número tan grande de víctimas emocionales en el pueblo como de víctimas físicas. Ezequiel supera a Jeremías pues está interesado en la capacidad que

posee la metáfora del matrimonio para describir a Israel como desviado e incorregible.

Su castigo de la esposa es tan salvaje y atroz que resulta difícil imaginar a alguien escuchando el escabroso relato sin sentir empatía por ella y repugnancia por el modo en que se la trata. Es casi imposible creer que nadie pudiera concluir que esta mujer, o cualquier otra en su misma situación, merecía ser tratada de manera tan cruel como lo es en la narrativa de Ezequiel (ej., desnudándola, violándola en grupo, acuchillándola, cortándole la nariz, maltratando brutalmente a sus hijos). ¿Qué clase de auditorio imaginó el autor que podría encontrar esta brutalidad como justa recompensa por su adulterio?¹⁶ ¿Quién podría albergar tan hostiles sentimientos misóginos contra las mujeres, incluso contra mujeres promiscuas? ¿Qué clase de oyentes no vacilaría en protestar la desmesura del castigo frente al delito?¹⁶ ¿Quién queda convencido por el resumen "tú misma soportas las consecuencias de tu infamia y de tus abominaciones, oráculo del Señor" (16,58) o "Se hará recaer sobre vosotras vuestra inmoralidad, cargaréis con los pecados cometidos por vuestra idolatría y sabréis que yo soy el Señor Yahvé" (23,49)? Finalmente, ¿quién se beneficia de tan cruel tratamiento a las mujeres?

Ezequiel 16 (16,59-63) presta muy poco interés a la reconciliación y a la renovación de la alianza y tampoco hay drama de reconciliación en el capítulo 23. El profeta ha concentrado la mayor parte de su atención en justificar la muerte de la esposa y se desentiende de imaginar la unidad de la pareja. Pone mayor énfasis en despertar simpatía por el esposo deshonorado que en la posibilidad de un reencuentro. En el cap. 16 el profeta detalla con amplitud el honor del marido subrayando las frecuentes expresiones de generosidad y compasión hacia su esposa. Toda la historia tuvo su comienzo cuando recogió a la mujer cuando era una niña abandonada, la limpió, la cuidó y la colmó de regalos (vv.1-13). Ella, con el tiempo se transformó en una joven maravillosa y llegó a ser su "fair lady".

AMOR MALTRATADO

Cualquiera que fuera el estatus y reputación que adquiriese la mujer se debía a la generosidad y compasión del esposo, no al resultado de lo que ella hubiera obtenido por sí misma (v.14). Pero, a pe-sar de la generosidad de su marido, la bella dama abusó de su amor y le acarreó el deshonor por ir en busca de aventuras amorosas con otros amantes. En ese recorrido ella satisface todos y cada uno de sus depravados deseos incluyendo sacrificar a sus hijos a los dioses extranjeros.

Queda claro quién es la víctima real en este sórdido drama: el marido. No interesa lo cruel que pueda resultar el castigo de la mujer, el honor herido del marido es lo más importante. Él fue claramente provocado y esto le indujo a tomar la revancha para satisfacer su prurito de orgullo y pundonor. Ofendido por no lograr que su esposa reconociese su generosidad y encolerizado de que ella se prostituyera con cada transeúnte (v.15), el marido está supuestamente justificado en cualquier medida que tome para restaurar su reputación: la entregó a sus amantes, que la violaron y la destrozaron.¹⁷ Es posible que Ezequiel advirtiera que el castigo excedía al delito pero elaboró todos los detalles de la muerte de la mujer precisamente para enfatizar ese punto; ella obtenía más de lo merecido. Con ello, esperaba evocar suficiente horror y repugnancia para reforzar su argumento: Dios puede ser tan sumamente violento y celoso como grandes son su misericordia y amor.

En Ezequiel la historia de la esposa adúltera no está contada con el interés de describir el triunfo del amor por encima del desastre sino del triunfo del poder por encima de la oposición. El poder que afirma (reafirma) el marido que tiene sobre su esposa es más una ilustración de su fuerza que un testimonio de cualquier renovación de la intimidad. Es la historia de una mujer a quien se quiere hacer entrar en razón y que se someta a la autoridad de su marido. No es como en Oseas y Jeremías la descripción de un reencuentro fruto de la reconciliación y del amor; aquí, la base del reencuentro está centrada en la profunda humillación y vergüenza de la mujer. Acu-

mula detalle tras detalle del abuso esponsal con la esperanza de disuadir a su auditorio de actuar de manera parecida a la de ella. No es, según los criterios modernos, una historia romántica pero sí es una historia idealista que imagina el poder restaurado, el control recuperado y la obediencia de la esposa ratificada. Según el profeta, es comprensible que un marido, que ha sido desacreditado por su mujer, pierda temporalmente su compostura y permita que ella sea sometida a las depravadas intenciones de sus amantes. Después de todo, un hombre puede hacer eso y mucho más.

Oponiendo resistencia a la retórica del idilio y violación

HEMOS VISTO EL MODO EN QUE LA METÁFORA del matrimonio desvía la atención de su violencia y dirige la mirada de los lectores a unas imágenes de reconciliación, restauración y triunfo del amor. Es una manera de alimentar nuestros deseos de creer que la intimidad y el amor pueden ser elementos duraderos dentro de las relaciones humanas. Volvemos ahora al tema más difícil que es la valoración que puede tener esta imagen para el discurso de la teología de la liberación. Investigando el modo en que trabajan las metáforas, hemos visto cómo iluminan parcialmente algunos puntos de la vida humana y distorsionan profundamente otros; cómo manipulan nuestro pensamiento enfocándolos hacia determinados ideales; cómo reflejan el comportamiento social de su contexto y cómo explotan ciertas respuestas emocionales mientras que oscurecen graves deformaciones. Ahora debemos cuestionar, en las páginas finales de este estudio, el provecho que podemos sacar hoy en día, si es que hay alguno, de continuar utilizando una metáfora que eleva la violencia contra las mujeres a categoría teológica. Se puede defender que a pesar de esa violencia, inherente a la metáfora, la

AMOR MALTRATADO

imagen del matrimonio nos da pie para hablar teológicamente sobre las relaciones del hombre con Dios y de los hombres entre sí con un lenguaje que enfatiza relaciones, intimidad, amor, familia y hace referencia a todos los temas relacionados con el corazón. Tal vez sea posible, entonces, que la excesiva violencia de la metáfora tenga una faceta positiva que nos advierte sobre los riesgos inherentes al mundo de las relaciones y de la intimidad. Nos permite conocer aquellos aspectos de nuestra relación con Dios que no comprendemos y tampoco son fáciles de integrar dentro de una tradición teológica que enfatiza que la naturaleza de Dios es buena y todopoderosa. Pero para arriesgarnos abiertamente a postular que una metáfora que imagina la subyugación de las mujeres pueda ser útil para nosotras por lo que enseña sobre el lado oscuro del amor, todavía necesitamos analizar cuales son nuestras opciones como lectoras¹⁸.

Este estudio ha sostenido desde el principio hasta el final, explícita o implícitamente, que los lectores no somos capaces de engendrar oposición al poder que ejercen sobre nosotros los textos de terror, religiosamente inspirados, hasta que entendamos por qué y cómo, los textos que son censurables, simultáneamente, nos fascinan y repelen.¹⁹ Hasta que no comprendamos de qué forma el lenguaje y las imágenes se aprovechan de nuestras fantasías, no podremos entender o explicar los motivos por los que la metáfora del matrimonio continua ejerciendo tanta influencia en nuestro modo de pensar sobre Dios, sobre nosotros mismos y sobre lo que significa entrar en relación con el Creador. Para romper la influencia a la que nos someten esos textos debemos empezar admitiendo que hemos sido configurados por ellos y que su visión de la vida está entretejida en la estructura de nuestra sociedad .

La lectura feminista ha dado un toque de atención para que nos percatemos de que cuando se leen textos escritos por autores masculinos, textos androcéntricos, se pide que las mujeres y otros lectores marginados se destruyan a sí mismos, negando valores y face-

tas de su identidad. Son obras, cuyos argumentos, exigen de las mujeres y de otras personas marginadas que se vean a sí mismas malvadas, periféricas o invisibles. En el caso de los textos proféticos, que son el centro de este estudio, se espera de las lectoras indulgencia para la brutal violación y mutilación de las mujeres para comprender los caminos de Dios. Para apreciar la profundidad del amor y la compasión del marido al reconciliarse con su malvada mujer, hay que aceptar primero que el marido está en posesión del poder para dominar y castigar a su esposa. Estos presupuestos pueden dejar a las lectoras con una mala conciencia pues se sienten a la vez, atraídas y repelidas, por el mundo conyugal imaginado por los autores, hechizadas por sus promesas pero silenciadas en sus supuestos²⁰. Leer textos que aterran a las mujeres requiere una doble hermenéutica : por un lado, la que ayude a las lectoras a oponerse a todos los que subyuguen aspectos de su identidad, y por otro, la que les permita apreciar los aspectos del relato que son nutritivos y alentadores para proseguir en su lucha por ser personas²¹.

Esta afirmación que acabo de escribir es mucho más fácil de decir que de hacer. En la Biblia, los lectores modernos occidentales tienen que hacer frente a un libro que se sale de la común. Es un texto criticado por los lectores comprometidos con la teología de la liberación y con razón, por su tendencia a reprimir, silenciar, aniquilar y esclavizar pero ese mismo libro alienta y configura muchas facetas de nuestros pensamientos sobre la libertad y la justicia. La Biblia ha ejercido una enorme influencia sobre la cultura occidental, es el libro que más ha inspirado el establecimiento de la sociedad democrática americana, personificando nuestros más altos ideales como pueden ser la fe, la esperanza, el trabajo, la autodeterminación y la resistencia. La mayoría de los lectores occidentales han encontrado en sus páginas el lenguaje más ardiente y vigoroso para luchar en pro de una sociedad libre y justa para todos²². De ahí, que las lectoras americanas se encuentren en una situación nada fácil como lec-

AMOR MALTRATADO

toras críticas: el texto que describe su violación y mutilación como mujeres es también el que aboga por sus ideales más nobles como ciudadanas y como seres humanos.

Llegamos a la conclusión de que la lectura no es la experiencia pasiva, privada y neutral que muchos piensan. Leer supone estar preparado en muchos aspectos para luchar a la defensiva. Es estar preparado a resistir, eludir y maniobrar en contra de algunos de los impulsos contradictorios que hay en el texto. En resumen, leer no significa rendirse a las estrategias literarias y mundos imaginarios de los narradores; supone que, como mínimo, hay que ser consciente del modo en que el discurso simbólico nos arrastra hacia sus propósitos y pretende moldear nuestras creencias e identidad. Las metáforas, como hemos visto, consiguen esto explotando asociaciones, extrayendo conexiones que antes no existían, organizando y reorganizando nuestras experiencias de la realidad y acentuando algunos atributos mientras se ignoran otros. En el caso de la historia de la esposa adúltera, lo que sucede es que las mujeres son encasilladas como disolutas, sinvergüenzas, inconstantes y personas en las que no se puede confiar; mientras que los varones son vistos como cariñosos, generosos, apasionados y dispuestos al perdón. Al final, nos encontramos con que todos los atributos y las emociones asociados con la sexualidad de las mujeres infieles se le imputan a Israel pero resulta más peligroso el hecho de que los valores asociados con la deidad sean otorgados a los maridos. Si se lee la metáfora sin someterla a crítica, las mujeres se encuentran aceptando el modo en que son satanizadas y victimizadas mientras que sus maridos pueden demandar la autoridad y reverencia que generalmente se reserva para las deidades.

Tengo que afirmar que detrás de este estudio sobre las metáforas bíblicas está la creencia de que toda literatura, incluso la "literatura inspirada", es creada. Tras su aparente tranquilidad y su marco perfectamente estructurado hay un autor que se angustia por su contenido, un autor que configura concienzudamente el lenguaje y

moldea cada frase, que discute consigo mismo sobre la dirección a seguir en el trabajo, que toma una decisión sobre la mejor estrategia a seguir para que su obra funcione como él quiere que funcione, y que sólo cambia su parecer cuando aprecia que las cosas se desmoronan y hay que empezar de nuevo. En cada página de los discursos de los profetas vemos que los autores echaron mano de algunas estrategias literarias con el fin de que sus obras resultaran inteligibles, interesantes y valiosas para un lector imaginario.

Una obra que ha conseguido que se lea, relea y siga levantando interés en lectores venideros, es una obra en la que el autor ha tenido éxito por lo menos en dos cosas. Primero, en enmascarar, al menos en parte, la sudorosa lucha interna que tuvo que sostener consigo mismo o consigo misma para escoger, desechar y emplear diferentes técnicas. Tan controlado, imparcial y firme debe ser el autor, o en nuestro caso la voz del profeta, que tiene que aparecer natural e inquebrantable ante sus oyentes. Su objetivo primordial es ocultar los mecanismos con los que produjo su obra. El lenguaje no debe "sudar", las costuras no deben enseñarse y la angustia que se siente debe disimularse. Hemos observado cómo los profetas Oseas, Jeremías y Ezequiel explotaron a conciencia los estereotipos asociados con el matrimonio y el sexo para construir sus argumentos de manera que (1) atrajeran la atención de sus oyentes; (2) destruyeran sus falsas creencias y (3) se apoyaran sobre los intereses androcéntricos y las relaciones de poder que asumía su auditorio masculino para justificar el juicio divino. Podemos imaginar a los profetas de pie en las plazas o a la entrada de los templos lanzando sus quejas, súplicas y denuncias, con apariencia tranquila y serena, a un público completamente ajeno a sus angustias interiores. De ese modo, buscaban el camino más efectivo para ganarse a los oyentes.²³

Una segunda manera por la que el autor tiene éxito creando una obra que interesa leer y releer es, cuando él o ella, escriben, tanto, para el auditorio como para sí mismos, un "mundo imaginario que

AMOR MALTRATADO

se pueda compartir"²⁴. Es un escenario fabricado gracias a las decisiones literarias que escogieron, a las suposiciones sociales con las que trabajaron y a las visiones que proponen como sublimes. Todo, insiste el autor, debe ser digno del beneplácito del auditorio. Encontrar caminos, como he recomendado, para detenernos en los procesos de lectura y romper la influencia que tienen sobre nosotros los escritos de los profetas, no debería ser visto como una llamada a los lectores para rebelarse contra los escritores de la Biblia y rechazar todo lo que han escrito, renunciar a todas sus propuestas retóricas, cuestionar cada una de sus intenciones y estar atentos a cada una de sus estrategias literarias²⁵. Lo que se necesita son modos de lectura de la Biblia que potencien a los lectores a cuestionar a los escritores, que les ayuden a reconocer las selecciones que hicieron para configurar su mensaje y que les permitan sopesar la visión que se les ofrece. Leer la Biblia debería ser semejante a una animada conversación entre el escritor y el lector lo mismo que se hace con otras obras de la literatura. Los lectores deben tener el derecho de cuestionar qué visiones ofertadas por sus autores merecen ser apoyadas para mejorar el mundo. Habrá otras, que no pareciéndonos dignas de adopción (aquellas que demandan una carnicería brutal o que silencian), deberán ser criticadas y habrá que oponerles resistencia.

Leer la Biblia de una manera diferente a la intención original de sus autores no quiere decir que seamos siempre capaces de resistir la influencia que su contenido ejerce sobre nosotros. Leer, es un proceso mucho más complejo de lo que esta exposición pueda aclarar. Más aún, la razón por la que los lectores se sienten atraídos por algunos libros y no por otros, el hecho de identificarse con ciertos personajes mientras que se ignoran a otros, el resurgir de algunos textos por segunda, tercera y cuarta vez, su relectura frecuente y el lograr permanecer en la mente de los lectores años después de haber sido leídos, mientras que otros son totalmente olvidados, tiene mucho que ver con las destrezas e intuiciones de los

autores. Lo que hace que un texto sea memorable para un lector tiene que ver con sus gustos individuales, preferencias, antecedentes y por el contexto en el que se leen (ej., foro universitario, grupos fundamentalistas de la Iglesia, clase de literatura, seminarios).

Los grandes autores necesitan grandes lectores que les hagan preguntas. Los grandes lectores, por una parte, incitan a los autores a imaginar mundos (literarios) que sean dignos de captarlos, aunque solamente sea por la cantidad de tiempo que lleva su lectura. (Las grandes obras literarias cambian la visión de los lectores por la del autor y contribuyen en la construcción del mundo que sueña éste.) Los grandes escritores anticipan las preguntas que invariablemente les formulan los grandes lectores tales como: ¿por qué debo dejar el mundo en el que actualmente vivo y rendirme al mundo imaginario que ha creado esta obra? ¿en qué medida mejora la visión de este texto el mundo que ahora experimento? ¿quién se beneficia y quién sale perdiendo en un mundo como éste? Leer textos como los que se encuentran en el corpus profético y que convierten en espectáculo la violencia contra las mujeres, requiere lectores que busquen, si hay alguna manera, en que la violencia, incluso bajo la forma de castigo divino, mejora el mundo. Los lectores tienen la obligación de analizar el modo en que los escritores los tientan para que lean en contra de su propio interés. Cuando las mujeres por necesidades del argumento son mutiladas por y en los textos religiosos ¿cómo se introduce en el mundo el reino de Dios con su promesa de paz, justicia, derecho y amor? Las ventajas de seguir utilizando la metáfora del matrimonio deberán siempre basarse en su ayuda a los lectores para comprender a Dios, al mundo y a ellos mismos de manera que nunca se justifiquen la violencia y el abuso. A pesar de lo provocativa, atractiva y entretenida que pueda ser una obra, los lectores tienen el derecho de rehusar vivir en un espacio que, tarde o temprano, les disminuya en su humanidad.

Una metáfora que fracasa

HEMOS VISTO EN LOS CAPÍTULOS PRECEDENTES que uno de los logros más importantes de la metáfora del matrimonio es su posibilidad de ofrecernos un modelo orgánico de existencia humana. Al entretelar tres discursos -el religioso, el político y el social- ilustra el modo en el que nuestros actos religiosos, políticos y sociales confluyen y se influyen unos a otros. El hecho de que comulgamos o nos enfrentemos con sus presupuestos de condena a la esposa infiel o de absolución de cargos contra el marido está íntimamente relacionado con las consecuencias locales, sociales y globales que nuestras decisiones morales conllevan. Nos ofrece un modo sereno de ver el alcance de las heridas que hemos infringido al mundo. Fundamentalmente, porque rechaza la falsa premisa de que se pueden hacer distinciones entre el mundo privado, doméstico, de las mujeres y el público, mundo de varones divinamente investidos. Sexo y política, ideológicamente hablando, son lo mismo según la metáfora del matrimonio. Todos los aspectos de la vida humana están fundidos y las decisiones adoptadas en un campo de nuestras vidas, eventualmente, se dejará sentir en otros. Según el profeta Oseas, las áreas afectadas por nuestras decisiones (privadas) son muchas más de las que hubiéramos imaginado o pretendido.

Por ejemplo, la promiscuidad (idolatría) fue el motivo de una crisis ecológica que amenazaba con dejar la tierra seca, árida e inhabitable (Os.2,5-14). En cambio, la reconciliación entre Dios/esposo e Israel/esposa restablecía el balance ecológico (Os.2,16-20), restaurando la armonía simultáneamente en la familia, la sociedad y el medio ambiente. Aunque es lamentable que los cuerpos de las mujeres sean maltratados y su puesto en la sociedad minimizado con el fin de construir un argumento atractivo, la metáfora en último término, obliga al público a ver que cada decisión que se tome,

bien sea en el ámbito público o en el privado, tiene consecuencias que afectan a la sociedad.

Con todo, a pesar de sus beneficios como modelo orgánico que nos recuerda las interconexiones de la vida, y a pesar de su capacidad para mostrar la intimidad, el amor y la familia como conceptos teológicos, la metáfora del matrimonio fracasa estrepitosamente. Por el hecho de que sea utilizada por los profetas para justificar y explicar la destrucción y muerte de una nación, la violencia, la justa retribución y el castigo se convierten en aspectos inevitables de la metáfora. Para el mundo antiguo esas imágenes connotaban poder y autoridad siendo sus promesas de reconciliación y gracia temas secundarios. En ella, se ligan los conceptos del amor y de la intimidad con la agresión, el poder, la dominación y la autoridad; y se hace de los cuerpos y sexualidad de las mujeres objeto del abuso y control masculino.

En vista del esfuerzo que hace nuestra generación por solucionar nuestro insaciable apetito de violencia, dados los intentos de frenar su escalada en nuestra cultura y en nuestros corazones, considerando que las mujeres continúan siendo las víctimas de alguno de los impulsos más depravados y brutales de la violencia en nuestra sociedad, creo que la metáfora de la mujer maltratada se convierte en un tropo muy arriesgado e incapacitado para aportar luz a las preguntas sobre la reacción de Dios a los fallos humanos. No hay nada convincente en la visión de los profetas: ¿por qué yo, como lectora, debo dejar mi mundo donde la violencia contra las mujeres es injustificable, para adoptar otro donde la violencia contra las esposas se da por sentada? La metáfora del matrimonio no nos sirve para solucionar las preguntas teológicas sobre el castigo y el juicio divinos. En otras palabras, no hay semejanza, por lo que concierne a esta escritora, entre maridos violentos y dioses vengadores²⁶.

Para los oyentes modernos, en la medida en que el interés principal de la metáfora sea reforzar las ideas de jerarquía, poder y casti-

AMOR MALTRATADO

go, resulta inaceptable para todos los que estamos comprometidos en la tarea de sanar las heridas y reparar los daños, tanto en nuestra generación, como en nuestra cultura. Si vivimos de las metáforas, y si nos ayudan a imaginar quién es Dios, entonces corremos el riesgo de convertirnos nosotros mismos en la imagen de una deidad que amenaza, mutila y destruye.

Las metáforas hieren

SI ANTES HABÍAMOS TENIDO DUDAS, no debería quedarnos ninguna sobre la importancia de las metáforas. Ayudan a configurar nuestra comprensión de la realidad al enfatizar algunos temas por encima de otros y organizan nuestra manera de pensar sobre la vida de un modo distinto al que teníamos. Nos ayudan a vernos a nosotros mismos y a vernos los unos a los otros; nos ayudan a reaccionar sobre lo que vemos en nosotros y en los demás de un modo nuevo (a veces sin querer). Las metáforas importan porque, con frecuencia, son nuestra primera lección en prejuicios, intolerancia, estereotipos y marginación de nuestro prójimo, aunque sólo ocurra en nuestras mentes. Merece la pena que las analicemos porque son intrínsecas al modo en que vivimos y configuramos la realidad. Estamos constantemente bombardeados con ejemplos de la literatura (ej., novelas, periódicos, revistas, etiquetas de anuncios) y de los medios de comunicación (ej., anuncios comerciales, música religiosa, carteleras, pegatinas) de las formas sutiles en que las metáforas, los refranes, las canciones chistosas y los juegos de palabras se filtran en nuestro subconsciente atrapando nuestra imaginación. Antes de que nos demos cuenta, en el acto inocente de cantar nuestras melodías favoritas, contar chistes o rezar oraciones, podemos estar abogando por nuestra muerte y la muerte de todo y de todos

los que queremos (y no siempre somos conscientes). A fin de ilustrar este punto, permitidme utilizar una analogía, en sí misma metafórica, pero que viene bien al caso.

Imaginémonos este escenario. Un niño afro-americano de siete años es acompañado por su madre al estrado de la iglesia para que dé su primera charla en público. El chiquillo está nervioso pero le han enseñado a enorgullecerse por haber sido elegido. Es febrero, el mes de la historia afro-americana, y la pequeña iglesia de negros a la que acude celebra esa historia y la supervivencia del pueblo americano descendiente de africanos. En esta tarde del domingo los adultos transmiten a la juventud los rituales y tradiciones amadas por aquellos supervivientes. La iglesia está en silencio, y la madre del niño inclina la cabeza haciéndole saber que ya es el momento de comenzar su discurso. Se imaginó, como su padre le había aconsejado, que la sala estaba llena de todos sus muñecos favoritos de peluche en vez de los adultos y amigos que forman la pequeña iglesia. El chiquillo tragó saliva y comenzó a recitar el salmo 137.

A orillas de los ríos de Babilonia
estábamos sentados y llorábamos
acordándonos de Sión.
En los álamos de la orilla
teníamos colocadas nuestras cítaras.
Allí nos pidieron
nuestros cánticos de deportados,
nuestros raptos de alegría:
"¡Cantad para nosotros
un cantar de Sión!".

Por razones que sólo ellos comprendían, esta oda a los ríos, recuerdos, cautividad y Sión, hacía que las ancianas con sombreros de flores cerraran los ojos y se balancearan adelante y atrás, mientras que los ancianos secaban sus ojos con grandes pañuelos. Su madre y su padre le sonreían. Sin entender tampoco los moti-

AMOR MALTRATADO

vos, los mismos amigos del niño se mantenían en sus asientos embelesados y quietos. Las palabras de este salmo favorito se habían apoderado de la memoria colectiva de la pequeña iglesia negra.

"¿Cómo podíamos cantar un canto de Yahvé
en una tierra extranjera?"

El niño repite estos versículos para conseguir un mayor efecto. Su voz crece en cada estrofa, aumenta la confianza en sí mismo hasta que olvida que, por un momento, sintió miedo; se siente alentado por el orgullo que ve reflejado en todos y cada uno de los rostros, y su voz va creciendo con confianza y presunción, hasta que llega a los versículos finales del salmo. Habla despacio para buscar el impacto, repitiendo las líneas como lo ha hecho mil veces en su cabeza:

¡Hija de Babel, devastadora!
¡Feliz quien te devuelva
el mal que nos hiciste!
¡Feliz quien agarre y estrelle
contra la roca a tus pequeñuelos!

Un silencio pasmoso da la bienvenida a estos versículos finales. Nadie habla. El temor reverencial es reemplazado por la turbación que se refleja en el rostro de los adultos. Los padres del niño se miran fijamente, con perplejidad. Sus amigos vuelven a sus juegos en la fila de atrás, sin darse cuenta del cambio en la asamblea. Varias personas del auditorio consultan la página en sus Biblias. Da la sensación de que nadie recordaba haber visto nunca aquellos versículos del final del salmo 137. Nadie recuerda haberlos escuchado recitar en voz alta. Quizás sí, pero ciertamente jamás los habían escuchado en labios de un niño. En esos labios, la demanda de matar a otros niños suena obscena. El niño baja del púlpito sin comprender el cambio que ha tenido lugar en la sala. Sólo cuando ha llegado al fondo de la iglesia para unirse a sus amigos alguien recuerda que deben aplaudir.

“RECORDARÉ MI ALIANZA CONTIGO”

Esta historia, como muchas historias de la Biblia, quizá nunca sucedió, pero invariablemente siempre sucede. Nos sobrecogen los dilemas que plantean los textos de violencia y terror. Y lo hacen de una manera que se sale de la comprensión de los círculos académicos para entrar en los modos por los que los autores, los lectores, los textos y los contextos de lectura se entrecruzan, unos con otros, en un drama frecuentemente lleno de tensión y absorción. Los contextos configuran las lecturas, y los lectores responden de manera diferente a los textos. Hay razones por las que los adultos de la congregación habían virtualmente ignorado los dos últimos versículos del salmo 137, y hay razones, por las que escucharon aquellos versos de aquella tarde del domingo de un modo que nunca habían ejercitado antes. Hay razones por las que el niño se sintió atraído por aquellos versos esa tarde del domingo, y también las hay por las que él y sus amigos eran inconscientes de las implicaciones que aquellos versos podían tener para ellos como jóvenes lectores. Hay razones por las que la mirada y el sonido de la voz de un niño instigando a la muerte brutal de otros niños resultaba sobrecogedora y aterradora en sus labios.

Las metáforas importan porque nos enseñan a imaginar lo que ha permanecido previamente inimaginable. En este caso, la maltratada esposa infiel de los libros de Oseas, Jeremías y Ezequiel hace de la violación, la mutilación, y la humillación sexual actuaciones defendibles para ejercer la revancha contra todas las esposas acusadas de infidelidad sexual. El público está invitado a imaginar con los escritores maneras plausibles de tratar a las mujeres; se les persuade a creer que la violencia contra los otros puede ser ennoblecida por la reputación dañada y que un matrimonio asentado en el temor y la sumisión es un modo respetable de vivir con el cónyuge. La metáfora del matrimonio, combinada con el torrente de historias que se encuentran a lo largo de toda la escritura sobre la subyugación y humillación de las mujeres, hacen que la violencia contra éstas no sea simplemente inevitable sino también teológica-

AMOR MALTRATADO

mente defendible. Antes de que la metáfora se abriera paso en el discurso religioso, quizá había prevalecido la violencia contra las esposas pero es dudoso que fuera atribuida a Dios.

Como hemos visto, las metáforas no necesitan ser precisas para captar la imaginación, ni necesitan presentar los temas desde todos los ángulos para que sean convincentes. Simplemente, deben apoyarse en los estereotipos establecidos y sacar partido de las emociones más profundas. Una metáfora que da por sentado la violencia en el hogar no solamente nos importa; sino que nos atormenta. Es legítimo que nos sintamos preocupados por el pensamiento de que sea posible e imaginable para nosotros herir, mutilar y matar a aquellos a quienes decimos que amamos.

Leer textos que justifican la violencia, que la erotizan y que dan por supuesto el poder de un grupo para destruir a otro nunca debería ser tomado a la ligera. Lo que nos enseña la historia de nuestro hipotético niño orador es que, si no tenemos cuidado, podemos estar conspirando nuestra propia muerte sin advertirlo. Los lectores están afectados por lo que leen. Las metáforas pueden herir. Pueden matar. Pueden oprimir. En este estudio de la metáfora del matrimonio, se ha intentado mostrar la fuerza potencial que también poseen las metáforas para liberar, inspirar, unir y darnos acceso a los intensos sentimientos que nos profesamos, sentimientos que no somos capaces de expresar:

Las metáforas como dedos acusadores

EN EL CAMPO DE LOS ESTUDIOS BÍBLICOS apenas se ha investigado la naturaleza figurativa de su lenguaje. Gracias a la ayuda de los nuevos enfoques metodológicos, podemos ir más allá de la mera interpretación y entrar en los métodos críticos; intentar dejar de

lado la sublime ideología del texto para comprender de dónde saca su fuerza y encontrar modos de contrarrestar, en la medida de lo posible, esa influencia que ejerce sobre nosotros. Nuestra crítica no pretende destruir la Biblia, como si eso fuera posible (y todo lo que eso significa). Todo lo contrario, intenta proporcionar ayuda a los interesados en interpretarla con el fin de encontrar modos éticos de leer inteligible y responsablemente. Incluso, los que hemos dedicado la vida a analizar la Biblia e investigar caminos que hagan frente a sus deformaciones, el mismo hecho de nuestro interés nos coloca inexorablemente bajo su influencia y nos resulta imposible sacudir del todo el dominio que ejerce sobre nuestro pensamiento. A pesar de lo obscena que pueda ser su descripción de las mujeres (y hay algunos pasajes que son insoportablemente procaces) la metáfora de Israel como esposa infiel denuncia muchas de las injusticias que nos preocupan a los comprometidos con la liberación: abusos de la clase dirigente, avaricia política, decadencia moral, desintegración social e imperialismo político. Pero incluso nosotros, todavía somos incapaces de explicar por qué, en vista del parroquialismo, androcentrismo, y visión colonial del mundo que tiene la Biblia, somos incapaces de ignorarla y crear un canon alternativo que pudiera representar de una manera más adecuada y justa nuestro punto de vista científico, moral y social. Quizá sea porque, a pesar de su dudoso origen, a pesar de su intento de ocultar los intereses que la produjeron, a pesar de nuestra insatisfacción con el lenguaje y la perspectiva que utiliza, todavía encontramos fascinantes los destellos fugaces de paz, justicia y amor que ofrece a los lectores, por muy imperfectos y efímeros que puedan parecer. Igual de milagroso resulta que el amor pueda ser restablecido en una relación rota por la traición y la violencia, que la posibilidad de que haya un reino donde la buena noticia es proclamada a los pobres (Is.61,1; cf. Lc.4,18), donde los últimos son los primeros, donde las espadas se transforman en arados (Miq.4,3), donde la justicia fluye como el agua (Am.5,24), y donde el conocimiento de Dios no está mediatizado por los textos y los seres

AMOR MALTRATADO

humanos sino que está grabado en el corazón de cada persona (Jr.31,3).

El lenguaje y las imágenes bíblicas plantean serios problemas cuando dejan de ser discursos metafóricos, un dedo acusador más allá de sí mismo, y se convierten en el dedo mismo. A la vez que la percepción de un hilo de semejanza entre dos objetos desiguales, el pensar metafórico también supone mantener en tensión una con otra, la semejanza y la desemejanza, el "es" y el "no es" del significado y la cosa significada²⁷. Los problemas surgen cuando la metáfora tiene "éxito" imponiendo sus significados y deja al lector tan absorto por los sentimientos y los detalles de esas imágenes que las desemejanzas entre los dos polos se descuidan. Cuando esto sucede, como ha señalado McFague, Dios ya no es como un esposo, Dios es un esposo: la cosa significada se convierte en el significado. De ahí, que una metáfora arriesgada dé lugar a una deducción arriesgada. El peligro, en nuestro caso, estriba en que la comparación con un matrimonio de la alianza y la afirmación simultánea de que el castigo divino es teológicamente aceptable nos llevan inevitablemente a la conclusión de que es justificable que un marido pueda ejercer una revancha física. Éste es el riesgo de un lenguaje metafórico, el riesgo de la supersimplificación y de la correspondencia rígida. El peligro reside en que la tolerancia que se asuma con una de las partes de la metáfora pueda ser supuesta y otorgada a la otra. Es un riesgo contra el que debemos estar siempre en guardia.

Si somos capaces de separar los vínculos que hay dentro de la metáfora entre erotismo y violencia y entre amor y agresión, entonces la metáfora del matrimonio tendrá la capacidad de suministrar luz sobre otros aspectos no examinados sobre la facultad que tiene el amor para unir. En otros lugares, hemos analizado la atención de la metáfora sobre el carácter contractual de la relación entre Dios y los hombres, su cara tormentosa, la magnitud del amor divino, las facetas interrelacionadas de la vida y la veleidad del corazón hu-

“RECORDARÉ MI ALIANZA CONTIGO”

mano. Ahora, es tiempo de considerar el poder que tiene esta metáfora para ayudarnos a confesar nuestro quebrantamiento y el modo en que hemos contribuido a romper el corazón de Dios.

Una metáfora traspasada de dolor

SI COMO LECTORES MODERNOS ESTAMOS CONDENADOS a tomar las metáforas tal y como nos llegan, si tenemos que aceptar los valores sociales y culturales que los antiguos auditorios reflejaron en ellas, entonces la metáfora de la adúltera esposa será siempre inútil para los que estamos comprometidos en la liberación de las mujeres. Pero si tenemos el derecho y la responsabilidad de repensar el lenguaje que hemos heredado del pasado y revestirlo con valores y visiones que puedan ennoblecer nuestra vida humana, entonces, esa imagen puede sernos verdaderamente útil. En ella, hallamos los principios más importantes que han defendido las teólogas feministas contemporáneas. Nos ofrece la posibilidad de dejar de ver el mundo a través de los ojos de los poderosos, los dominadores y los fuertes; y de verlo a través de los ojos de una mujer, deshonrada, depravada, incorregible y maltratada, nos fuerza a analizar lo que significa ser débil, vulnerable, desamparado, oprimido y sin voz. La historia de los malos tratos que describe nos adentra en las formas por las que hemos sido heridos y nos herimos unos a otros, tanto en nuestras relaciones familiares como en las no familiares.

Más importante, todavía, es que el ver nuestra relación con Dios como un drama matrimonial ayuda a destapar algunas de las formas por las que la cultura patriarcal nos ha herido; el modo en que nuestra veneración por el poder, la fuerza, la jerarquía, la dominación y la violencia nos han animado a tomar decisiones que han causado la destrucción de nuestro medio ambiente y han distor-

AMOR MALTRATADO

sionado nuestro sentido de la relación con los demás. Las feministas han propuesto un buen número de metáforas para hablar de la interrelación humana y divina (ej., amante, amigo, compañero, cuerpo), dentro de ellas, la metáfora del matrimonio nos puede resultar particularmente útil porque nos permite pensar con nuestros corazones y no simplemente con nuestras mentes. Nos ayuda a lamentar el daño que hemos cometido a nuestros semejantes y el que hemos sufrido por su causa y la de las instituciones patriarcales. Si hay, como han sostenido las feministas, posibilidades de curación y creatividad cuando exploramos nuestro erotismo en potencia (es decir, el poder que nos llega de ser autoconscientes de nuestro mundo relacional, vulnerabilidad y apertura a quienes nos rodean) entonces podremos ver nuestras relaciones mutuas en semejanza al vínculo matrimonial para desde allí, comprender la lucha entre los sentimientos profundos que afloran cuando se juntan comunidades con diferentes antecedentes, creencias y visiones distintas del modo en que deberían ser las cosas. Viéndonos unidos irremediabilmente tendremos que obligarnos al duro esfuerzo que supone escuchar cuando hablamos del daño que nos hemos causado mutuamente, permitiendo así establecer relaciones más fuertes entre todos. Necesitamos sentirnos fuertemente unidos para apoyarnos en ese sentimiento y resistir nuestros deseos de abandono y huida cuando el dolor que surge al querer reparar las heridas de la cultura patriarcal es demasiado grande.

La metáfora del matrimonio refleja el modo en que todos, mujeres y hombres, nos hemos dañado por el entramado del poder, la política y las expectativas irracionales. Heridas que nos han dejado profundamente divididos y resentidos (enemistados, enfadados y sospechosos unos de otros). Por una vez, deberíamos ser capaces de admitir, con la ayuda de esta metáfora, que parte de nuestro dolor estriba en darnos cuenta de que, para nuestra vergüenza, herir y ser heridos siempre ha sido un componente de lo que ha significado vivir unidos como mujeres y hombres.

"RECORDARÉ MI ALIANZA CONTIGO"

Por último, la metáfora del matrimonio nos permite creer en la más increíble de todas las respuestas a nuestras heridas, a saber: la gracia. Quizá la razón por la que el matrimonio nos parece, a los lectores modernos, tan desacertada metáfora para hablar del amor y la mutualidad es porque las estadísticas frente a los matrimonios hablan en contra de la creencia en el perdón inmerecido. Los sordidos detalles de los matrimonios fracasados se nos narran por doquier, haciéndonos escépticos ante la posibilidad de experimentar milagros en el amor; posibilidad sostenida en la metáfora del matrimonio. En ella, se insiste en que el perdón y la misericordia son tan naturales al vínculo del amor como lo son el enfado y el daño. Perdonamos a aquellos a quienes amamos y aquellos que nos aman nos perdonan. Es un misterio. Que nos arriesguemos a amar otra vez a quienes nos han herido, y que otros vuelvan a confiar en nosotros a pesar del hecho de que les hayamos roto el corazón, eso es, gracia. Es una posibilidad alentadora de esta metáfora que debería hacernos sentirnos humildes en nuestra calidad de lectores.

Conclusión

PARA TERMINAR, ESTE ESTUDIO HA ANALIZADO el modo en que una metáfora concreta propone personificar las relaciones entre Dios y los hombres, a la vez que nos habla sobre los límites y posibilidades del lenguaje humano. Al aislar y contemplar las imágenes matrimoniales y de la sexualidad femenina, y al analizar su empleo en la literatura profética, este estudio ha procurado, primero, proporcionar una oportunidad para examinar el modo en que ese lenguaje conmocionó, informó, configuró e influyó en sus oyentes, y su poder para incluir, excluir, silenciar y mutilar. Segundo, este estudio ha ofrecido formas de lectura liberadora para aquellos

AMOR MALTRATADO

momentos en que nos encontremos con un lenguaje y unas imágenes que tienen más interés en conmocionar que en edificar. Este libro defiende que afirmar que la metáfora del matrimonio es "solamente una metáfora" y que la violencia sexual es "solamente un tema de la metáfora" no es válido ante un serio examen teológico. Los filósofos y los lingüistas, entre quienes las feministas han estado a la cabeza, han mostrado repetidamente que el impacto del lenguaje en la cultura -y de las metáforas en particular- no es mínimo. Las metáforas nos recuerdan lo que es imaginable. El lenguaje influye sobre nuestro pensamiento acerca de lo que es verdadero, real o posible. La imagen de la esposa infiel no solamente tiene la capacidad potencial de reforzar la violencia contra las mujeres, sino también de excluir a segmentos completos de la población para escuchar y responder al mensaje bíblico. Lo logra al requerir de las mujeres que han sido violadas, o que viven con el temor de serlo, que se unan con los escritores para habitar en un mundo en donde violar a las mujeres u otra clase de violencias son teológicamente justificables. Aunque no fuera más que por este motivo las metáforas requieren nuestra constante vigilancia.

Deberíamos admitir que este estudio de la metáfora de la esposa infiel es engañoso en muchos aspectos. Se puede tener la impresión de que el discurso figurativo es racional, unívoco y transparente -tanto más cuanto que su poder puede ser fácilmente examinado, clasificado, evaluado y resistido-. Sin embargo, una metáfora como ésta es muy difícil de analizar -lo que la convierte en un emocionante recurso literario para los demagogos-, pues se enfrenta con nuestra complicada y contradictoria respuesta al drama sexual que personifica. El sexo suscita en los auditorios modernos un entramado de emociones confusas, como sin duda ocurriría en los antiguos oyentes. No sabemos bien qué hacer con una historia sobre una esposa que se dedica a mantener relaciones sexuales con otros hombres y un marido que, como desquite, la borra del mapa. ¿En quién ponemos las simpatías: en la esposa

maltratada o en el marido humillado?” ¿Cómo debemos interpretar lo que ocurre en este drama?

Una reciente investigación en el campo de la historia de la sexualidad humana ha polemizado contra la tendencia a ver las prácticas sexuales como un comportamiento universal significativo. De una cultura a la siguiente y de una época a la otra, el acto sexual puede cambiar de significado para el público. Por ejemplo, hace tan sólo unas décadas, en este país, las relaciones sexuales extramatrimoniales de los líderes políticos nunca eran comentadas en ambientes educados más allá de un susurro y jamás habrían encontrado un lugar en los titulares de periódicos respetables. Había un acuerdo tácito entre caballeros, la prensa y los políticos de que las satisfacciones de las pasiones privadas eran confidenciales e irrelevantes para la competencia o el carácter del político en cuestión. Hoy, sin embargo, cada aspecto de la vida de un político -especialmente su comportamiento sexual (de él o de ella)- se abre a escrutinio público y al comentario de los medios de comunicación. En otras palabras, el adulterio de los políticos ha tomado un significado completamente distinto del que se tenía hace unas décadas.

Debido a que las prácticas sexuales generan una multitud de significados dependiendo de su contexto, los intérpretes deben ir más allá de la mera descripción de un acto particular como prohibido y preguntar quién lo prohibió, a quién le fue prohibido y bajo qué circunstancias fue prohibido. En la medida de que somos capaces de contemplar el sexo teniendo su propia historia de representación, muchas de las prácticas sexuales a las que se alude, se dan por descontado o se combaten a lo largo de todo el Antiguo Testamento, pueden ser entendidas con más claridad. Las prácticas sexuales que llevaron a apoderarse de las mujeres extranjeras durante la guerra, a tener relaciones sexuales con la esposa o concubina del rey, a abandonar a la propia concubina a la entrada de la casa para que fuera violada y acorralada por los hombres de la ciudad, no deben ser interpretadas, simplemente, como actos de depravación

AMOR MALTRATADO

moral universalmente reconocidos. Dependiendo del contexto y de la época en que tuvieron lugar pueden tener un significado profundamente diferente. En el Antiguo Testamento las escenas que están relacionadas con el sexo suelen tener más significados que reflejar unas simples costumbres de moral. Con frecuencia, lo que están en juego son el poder, la propiedad, el honor y el prestigio, el puritanismo, la descendencia y las definiciones de la masculinidad. Hay aspectos de la metáfora del matrimonio -detalles en la descripción del mismo, matices en las amenazas del marido, aspectos de la infidelidad de la esposa- que pudieron haber sido comprendidos inmediatamente por los auditorios antiguos pero que ahora están perdidos para los lectores modernos.

Para los lectores modernos la manera de asumir metáforas, de las que algunos valores culturales y teológicos ya no perduran, depende, por lo menos en parte, de si la metáfora ha cesado de ser metáfora y se ha convertido en un lenguaje que concibe y estructura la realidad. Depende de si la metáfora ha evolucionado a lo largo de los años pasando de un posible modo de imaginar a Dios a un modelo para interpretar la realidad; o de si se ha convertido en la red interpretativa que permite relacionarse y conceptualizar a Dios³⁰. Aunque la metáfora de la esposa infiel no es la más importante de las metáforas bíblicas (podríamos pensar o hablar de Dios sin pensar en él como esposo), funciona como importante metáfora auxiliar en cuanto que refuerza lo que se ha convertido en la imagen dominante para conceptuar a Dios -a saber, que Dios es varón-. ¿Pero qué ocurre cuando los auditorios modernos ya no están dispuestos a que se dé por supuesta la masculinidad de Dios como hicieron sus antiguos homólogos? ¿Hay modos de leer la Biblia que respeten la humanidad e inteligencia de los lectores?

En la época actual, con el creciente número de mujeres y otros grupos previamente marginados sumando sus voces al debate teológico, ha aumentado la crítica y se ha generado un ataque contra el opresivo, jerárquico, dualista y predominantemente masculino

contexto de la tradición religiosa y el discurso teológico. En el centro de esta crítica está la petición de que las tradiciones religiosas ensanchen sus parámetros de imaginación teológica para incluir a las mujeres, a los grupos étnicos, a las clases sociales y a los intelectuales y así representar un espectro más amplio de la experiencia humana. El creciente número de mujeres y de otros grupos marginados comprometidos en el estudio académico de la religión es representativo de los grandes cambios sociales, económicos y demográficos que tienen lugar en la sociedad. Así que, ante la presencia del aspecto siempre cambiante de la sociedad americana, cada nueva generación tiene que afrontar la tarea de examinar y criticar los paradigmas epistemológicos, culturales y teológicos que le han sido legados por la generación anterior. Dado nuestro interés creciente por la violencia omnipresente en nuestra cultura y la forma en que nos hemos sensibilizado ante los modos de presentar en ella la sexualidad de las mujeres como diabólica, el lenguaje bíblico sobre la violación y la humillación de las esposas puede resultar, parafraseando a Abraham Heschel, una octava demasiado alta para que el espíritu moderno analice los temas relacionados con la justicia, la recompensa y el poder³¹.

Gracias a los antiguos poetas de Israel, a los profetas y a los retóricos, tenemos una abundancia de metáforas bíblicas a nuestra disposición para ayudarnos a entender nuestra relación con Dios. Su amplia gama sugiere que la antigua comunidad era consciente de las limitaciones del lenguaje humano para captar la esencia total de las experiencias de los hombres con su Dios. El auditorio comprendió que hay tantas maneras de hablar sobre Dios y de nuestras relaciones con él como experiencias para ser vividas. Por ello, el Antiguo Testamento nos ofrece imágenes tan variadas como rey-vasallo, pastor-ovejas, señor-siervo, mujer que va a dar a luz, juez-acusado/demandante, padre-hijo, esposo-esposa; incluyendo imágenes no humanas como león-presa, polilla-ropa y rocío-lirio. Cada una aporta su propio frescor y su percepción única. Tomadas por

AMOR MALTRATADO

separado, cada una limita nuestra visión de lo que significa ser humano y sesga nuestra comprensión de lo que significa estar en relación con Dios. Pero tomadas en conjunto, todas aseguran que ningún concepto se convierte en un dios falso y que tenemos una variedad de metáforas que reflejan una amplia gama de experiencias humanas³².

Es verdad que el trabajo de interpretar la metáfora del matrimonio en la Biblia contribuye muy poco a cambiar la cultura bíblica, que da por sentado los roles limitados de las mujeres y que refuerza la idea de que su sexualidad plantea una peligrosa amenaza para el orden social. Reflexionar sobre el perfil del matrimonio que presenta la Biblia no cambiará el hecho de que tanto la cultura bíblica como la nuestra justifican de manera persistente la violencia contra las mujeres. Pero siempre, que nos enfrentemos en los medios de comunicación con demagogos y fabricantes de mitos que condenan a las mujeres por su inestabilidad cultural, siempre que presenciemos violencia sin vernos afectados, este proyecto espera recordarnos que hay una gran diferencia entre un dedo acusador (metáfora del matrimonio) y el objeto al que apunta (Dios). Nunca deberán confundirse los dos -a pesar de que tenemos la sensación de que lo más cerca que podemos llegar al objeto es con la punta de nuestro dedo-. Incluso, aunque estemos tan cerca, no seremos capaces de comprender lo que estamos mirando.